

Elisa LUQUE ALCAIDE, *Iglesia en América Latina (siglo XIX). Renovación y continuidad en tiempos de cambio*, Eunsa, Pamplona 2012, 259 pp., ISBN 978-84-313-2865-8.

Acertadamente opta la autora de este volumen por no titularlo como «Historia de la Iglesia en América Latina (siglo XIX)», sino que prescinde de la palabra «Historia» para darle a su libro el título que figura más arriba. Elisa Luque es una muy acreditada historiadora de la Iglesia en la América española, pero –siguiendo los cauces marcados por su ilustre maestro, el Prof. Josep-Ignasi Saranyana– ha prestado siempre una notoria atención a los datos teológicos, culturales, religiosos, doctrinales, con preferencia a la historia como sucesión de acontecimientos; lo suyo ha sido señalar y analizar diversos temas, en buena parte ligados al pensamiento en cuyo seno se ha movido la Iglesia, para ofrecer bases al historiador digamos cronológico: un escrito, un concilio, un debate, una tendencia del pensamiento teológico o de las actitudes culturales, constituyen el contenido de sus estudios. Y así, cuando he leído –lo he hecho tantas veces en mi vida– los libros o artículos de la Prof^a Luque, he visto abrirse perspectivas hacia una nueva comprensión, desde sus últimas raíces, de los hechos históricos. Ante una obra de esa clase nos encontramos de nuevo en esta ocasión: un volumen que está compuesto por un conjunto de trabajos de la autora ya publicados –unos completos y otros parcialmente– con anterioridad, y reunidos aquí en virtud de su afinidad temática: no una Historia de la Iglesia, sino un aporte informativo y analítico de determinados problemas concretos que debió afrontar la Iglesia en el territorio y el tiempo a los que se refiere la obra.

Se abre el libro con un *Índice*, que ocupa las pp. 7 a 11, al que sigue una *Introducción*, no precisamente breve (pp. 13-20),

que abre el camino a las sucesivas tres *Partes*, que suman entre todas ocho *Capítulos* (pp. 23-235), y que constituyen el cuerpo central del volumen; el cual se cierra con unas *Abreviaturas* (p. 237); unas *Fuentes* (pp. 239-245), referidas a cada uno de los capítulos antedichos; y, en fin, una *Bibliografía* ordenada alfabéticamente y que contiene una abundante relación de títulos relacionados en diversas medidas con la temática de la obra. Y lo verdaderamente significativo –a los efectos de comprender el planteamiento conceptual y metodológico que la autora ha adoptado, y percibir la perspectiva desde la que afronta su estudio– es el enunciado de cada *Parte* y de cada *Capítulo*.

La Parte I se denomina *Vida cristiana en la primera mitad del siglo XIX*, y consta de una Introducción y dos Capítulos: el 1, *Catecismos mexicanos de las primeras décadas de independencia (1810-1849)*; el 2, *Renovación de la espiritualidad en Chile (1820-1850)*. La Parte II, titulada *Renovación eclesial en la segunda mitad del siglo XIX*, tras igualmente una breve *Introducción*, se ocupa en el Capítulo 3 de la *Presencia latinoamericana en el Concilio Vaticano I*; en el 4 de *La Iglesia en Latinoamérica posterior al Concilio Vaticano I*; en el 5 del tema *La Iglesia americana se renueva en los Concilios provinciales del siglo XIX*; y en el 6, de los *Concilios provinciales celebrados en México (1892-1897)*. Y la Parte III, sobre *Libertad eclesial y relación Iglesia-Estado*, tras su propia *Introducción*, dedica el Capítulo 7 al *Debate sobre la intervención del clero en la vida pública colombiana (1873-1875)*, así como el Capítulo 8 y último a la *Libertad eclesial y separación Iglesia-Estado en Colombia*.

Tal enumeración de *Partes* y *Capítulos* prueba sobradamente, como antes hemos

indicado, el modelo en el que se enmarca el libro. Que se sitúa en la historia es evidente y lógico; que no es un relato histórico continuado, no es menos obvio; y no podía ser tal tipo de relato, tratándose de trabajos de publicación previa. Ciertamente es que la autora ha procurado mantener una sistemática coherente: la Parte I se ocupa de la primera mitad del XIX; la II de la segunda mitad del mismo siglo; la III va a su vez a tratar de un tema más identificable temática que cronológicamente, las relaciones Iglesia-Estado, pero también aquí se señala un período histórico y una localización geográfica determinados. Ya con esto hay una cierta ruptura con la continuidad temporal. Pero luego, ninguna de las tres *Partes* trata de un único tema capítulo tras capítulo, sino de temas bastante diferentes entre sí, como corresponde al ya mencionado carácter de la obra. Es claro: los catecismos mexicanos y la espiritualidad en Chile, en la Parte I; en la Parte II, la Iglesia latinoamericana en el Vaticano I y después del Vaticano I, lo cual sin ser una historia de la Iglesia en América posee por su parte una cierta y limitada unidad temática; en la Parte III, todo está dedicado a Colombia, en dos estudios separados entre sí sobre dos temas conexos pero diferentes. Y de todo ello da además cuenta personal la autora en su *Introducción* al volumen, donde con notable precisión expone cual fue inicialmente su contacto con cada uno de los temas tratados en la obra, su primera aproximación a las diversas fuentes, el atractivo que encontró en cada punto, y cómo afrontó y llevó a cabo su labor investigadora y sus anteriores publicaciones al respecto. Un texto sumamente interesante, y de gran utilidad para el lector en orden a orientarse en la lectura que está a punto de emprender.

El volumen, pues, visto en su estructura, es una colección de ocho artículos reunidos sobre la única base de su relación con la historia de la Iglesia latinoamericana en

el siglo XIX. Y desde esta perspectiva, es cierto a su vez que cada estudio posee un valor propio –como es aquí lo normal–, y que todos constituyen interesantes aportaciones a la temática general de la historia eclesiástica, cultural e ideológica de la Latinoamérica decimonónica.

Así, en el estudio sobre los Catecismos mexicanos, la autora ha llevado a cabo una cuidadosa indagación en este campo, logrando localizar cincuenta textos de doctrina cristiana, veintidós en lengua castellana y veintiocho en idiomas indígenas, de los que incluso cinco nunca llegaron a imprimirse. La enumeración de todos ellos –a lo que el trabajo añade una exhaustiva información sobre cada uno: autoría, lengua, datos de la publicación, difusión y otros muchos detalles para ofrecer un completo conocimiento de las obras reseñadas– ya bastaría para justificar este capítulo, que nos pone en contacto con la realidad del conocimiento del cristianismo en la sociedad mexicana de aquel período, habida cuenta de que la lectura, explicación y aprendizaje del catecismo formaba parte esencial de la enseñanza de aquel entonces a los más diversos niveles. A todo ello añade el volumen unas páginas dedicadas al estudio con mayor atención de un catecismo concreto, denominado *Clara y sucinta exposición...*, obra bilingüe publicada en Puebla en 1819, y que la autora dice haber «elegido para estudiar la impronta evangelizadora y la doctrina de un sacerdote secular del XIX; además, su reimpresión indica cierta difusión del texto».

En el sucesivo estudio, sobre la renovación de la espiritualidad en Chile, se parte aquí de la base de que «la restauración de la vida católica en la América Latina durante la segunda mitad del siglo XIX es un hecho admitido por la historiografía». Y tal renovación de la vida eclesial llevó a la autora «a formular la hipótesis de la posible presencia de una espiritualidad –y no sólo de un fenómeno de religiosidad popu-

lar— que sustentara y acompañara el proceso de revitalización». Dado que cuando se señala que es detectable esta última es en la segunda mitad del siglo, parece lógico entender que la espiritualidad que le sirve de fundamento y origen ha de serle anterior en el tiempo; esto lleva a la autora a centrar su investigación al respecto en la primera parte del XIX, y centra su estudio en Chile argumentando que «Chile es el país latinoamericano en que la renovación eclesial tuvo más continuidad», «se publicaron en el país chileno obras teológicas de varia tendencia», y «las investigaciones de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Chile, permitían el acceso al pensamiento teológico chileno». A partir de aquí, el volumen ofrece una selección de autores y obras que son testimonio de cuanto se ha indicado, y analiza varias de entre ellas, en contacto con la predicación, la renovación litúrgica, y la vida interior ascética y mística. Campos cada uno de ellos en que se puede detectar y detallar aquella espiritualidad que nos muestra una idea del estado del catolicismo americano en aquel momento, lo que el libro complementa periodicando las obras estudiadas en relación con los acontecimientos políticos de aquellos años en Chile, de modo que la renovación espiritual pueda verse en paralelo —y no como un hecho aislado— con el desarrollo de la vida social de aquel país a lo largo del siglo XIX.

Cuando se pasa de estos temas, muy concretos, a la más general temática de las relaciones entre Latinoamérica y el Concilio Vaticano I, así como de la vida conciliar americana, el volumen como sabemos dedica su atención sucesivamente a aquélla y a estas cuestiones. El primer estudio, sobre la participación de la jerarquía latinoamericana en el Vaticano I, responde también a la pauta general del libro, es decir, posee un carácter fundamentalmente informativo. La autora ha subrayado de un lado la solidaridad del episcopado latinoamericano

con el papa Pío IX, que como se sabe visitó América del Sur siendo joven sacerdote, como miembro de la primera misión enviada allí por la Santa Sede en los tiempos de la independencia, y llegó a hacerse una exacta idea de la situación y las necesidades de la Iglesia en aquellos países. Y, por otro lado, el libro pone también de relieve «la función del Concilio Vaticano I en la recuperación de la Iglesia en América Latina». Ambos datos quedan patentes a lo largo de estas páginas, que dan ante todo cuenta de quienes fueron los obispos de aquella procedencia participantes en el Concilio, y analiza luego en detalle la labor de estos prelados en los diferentes trabajos conciliares. Una particular atención se presta al tema de las relaciones Iglesia-Estado en la perspectiva conciliar; se subraya la falta de sensibilidad de los documentos preparatorios a los cambios políticos acaecidos en tantos países en los años medios del siglo XIX, y se especifica en este campo la labor llevada a cabo por un obispo concreto, el de Concepción de Chile, José Hipólito Salas, defensor de la infalibilidad y a la vez muy sensible al cambio de las circunstancias —la autora habla de «su apuesta por la democracia»—, a la idea de la libertad del cristiano ante los sistemas políticos, a la de la libertad de la Iglesia frente al Estado... Todo lo cual lleva a la autora, en la parte final del capítulo, a resumir de un lado las no muy numerosas intervenciones de los prelados latinoamericanos y de otro el peso de Salas en la defensa de estas nuevas tendencias ideológicas.

El tema del Concilio Vaticano I se prolonga en el capítulo siguiente, que versa sobre un tema complejo: cuál era y cuál fue la situación postconciliar de la Iglesia en la América latina en los años posteriores al Concilio. Según señala la autora, «los obispos latinoamericanos no lo tenían fácil. Tenían macrodiócesis con población muy dispersa, variada y escasa de clero. El Estado oponía trabas». Y ello lo ejemplifica

con referencias a las diversas clases de dificultades de origen estatal con las que la jerarquía había de enfrentarse en México, Colombia, Centroamérica, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile y Brasil. Y añade: «La Iglesia había perdido en Latinoamérica mucho de su fuerza material, humana e intelectual en el proceso de independencia, pero mantuvo su influencia en la sociedad»; «pero el embate liberal le enseñó, en la mayoría de los países, a actuar con independencia; implicaba renunciar al favor y protección del Estado. Mejoró sus instituciones y recursos». Y en esta línea, el estudio analiza temas como la reestructuración diocesana, la articulación de la labor, el incremento y la formación del clero, la actividad de los laicos y la expansión en territorios de misión, todo ello aportando –como es la tónica general del volumen– sobre todo una gran cantidad de datos e información. Y se logra con ello ofrecer un retrato muy real de la Iglesia en aquellos territorios a partir del Concilio Vaticano I.

De la referencia al Vaticano I pasa el volumen a tratar de los concilios provinciales que en el siglo XIX se celebraron en América, para prestar luego una atención especial a los que tuvieron lugar en México entre 1892 y 1897. Por lo que hace al primero de ambos temas, el capítulo correspondiente repite en alguna medida referencias ya hechas en este volumen a la participación de aquella jerarquía en el Concilio convocado por Pío IX, y a las relaciones de éste con Latinoamérica. En todo caso, el capítulo encaja en este lugar del libro, continuándose la referencia al Concilio ecuménico decimonónico con sus reflejos conciliares en sede provincial americana. La autora detalla todos esos concilios americanos, incluso con referencias a años previos al Vaticano I, y marca cuáles fueron las corrientes y tendencias renovadoras que imperaron en cada uno de ellos. Y debe señalarse que en esta parte de su

obra aparece la relación entre la Iglesia suramericana y la estadounidense, en el apartado que se titula «El estímulo del catolicismo en Estados Unidos de América del Norte», en el que se apunta «la atracción de los obispos de la América hispano y lusoparlantes hacia el gran vecino del norte»; con muchos datos informa el volumen sobre esa relación, incluyendo numerosas referencias a concilios y actividades de la Iglesia en Norteamérica. Y un apartado de temática original es también el último de este capítulo, que compara la renovación conciliar en Latinoamérica en los siglos XVIII y XIX; habiendo la autora estudiado en otros momentos los concilios dieciochescos, la comparación entre ambas centurias le permite obtener conclusiones de mucho interés histórico.

El capítulo sobre los Concilios mexicanos de final del XIX, al que ya acabamos de hacer una inicial referencia, toma pie de la influencia del Vaticano I en aquel país, para a partir de la celebración del mismo ocuparse de detallar la celebración del Concilio Provincial I de Antequera (1892-93), el V de México (1896), el I de Durango (1896), el I de Michoacán (1896), el I de Guadalajara (1896-97). El dato de que todos ellos sean el primer Concilio Provincial de las respectivas diócesis, con excepción del V de México, viene a probar el influjo del Concilio ecuménico Vaticano, que pone en movimiento a la Iglesia mexicana dando vida nueva a varias de las diócesis que la integran. Por lo que hace al V Mexicano, conocido es de todos los especialistas el gran problema que en siglo XVIII supuso la celebración del Concilio IV de aquella archidiócesis; y de ahí es fácil tomar conciencia de la nueva tipología a que responde la vida diocesana en la capital de la nueva República, una vez superadas las específicas dificultades propias del modelo severamente regalista del Concilio IV y hallándose bajo la corriente renovadora del Vaticano I. El volumen incluye,

como complemento de este capítulo, una referencia a los caminos singularmente orientados hacia nuevas vías de atención por este movimiento conciliar de las citadas diócesis: la enseñanza de la doctrina, la formación del clero, la participación de los laicos en la vida de culto y piedad y la evangelización de los indígenas.

La *Parte* III y última de la obra es la destinada, como ya se indicó, a las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Pero no se trata de ofrecer una visión de conjunto del tema en la América española: como sabemos, sus dos capítulos se ocupan exclusivamente de Colombia. El primero versa sobre la intervención del clero en la vida pública colombiana en los años 1873-75, y el segundo sobre la libertad eclesial y la separación Iglesia-Estado en aquella zona de la América hispana.

El tema del primero de estos dos capítulos es notoriamente espinoso y complicado. Colombia vive una larga revolución liberal entre 1849 y 1884, en la que la presencia de la Iglesia en la vida pública, la educación cristiana en la escuela, y otros temas afines, se mantienen en la primera línea de la atención. La propia jerarquía se divide, en torno a la reacción ante tales hechos, en una orientación más liberal –no participación del clero en la vida pública–, y otra más conservadora, favorable al empeño y actividades de la jerarquía y el clero en la lucha contra las tendencias liberales del poder político. En el período histórico señalado, concilios, obispos, laicos, de una y otra tendencias, discuten entre sí, y su enfrentamiento alcanza calidades a veces incluso dramáticas, que ponen de relieve la gravedad del problema, la tirantez de la situación, y lo complicado de sus posibles soluciones. El relato posee una gran fuerza, y traza un cuadro muy vivo de los problemas por los que atravesó la Iglesia en Colombia en la segunda mitad del siglo XIX.

Por lo que hace al capítulo 8 y último, el nervio del mismo se concreta en torno a la correspondencia diplomática de la época que se encuentra en el Archivo Secreto Vaticano y en el de la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios; a las discusiones internas entre los líderes de la Iglesia colombiana del tiempo; y a los informes suministrados a la Secretaría de Estado papal por el Delegado Apostólico en Colombia Mons. Mieczyslaw Ledochowski. Buen conocedor de la situación de aquellas regiones –había sido Delegado Apostólico ante los países que configuraron la Gran Colombia y ante la República del Perú–, y expulsado de Colombia por el general Mosquera, informó en Roma con todo cuidado de la situación en Colombia durante los años en que residió allí, entre 1857 y 1861. Y éste es el centro del estudio incluido en esa parte final del volumen, trazándose un perfil biográfico del Delegado así como una descripción de la situación socio-política de la zona a tenor del Informe de éste, no limitándose a Colombia sino atendiéndose al par al resto de los territorios en los que Ledochowski ejerció su misión.

Pese a la variedad de los temas tratados, y a la diferente proveniencia de sus diversas secciones, el volumen posee una unidad de conjunto en cuanto ofrece una interesante, detallada y rica colección de noticias sobre aquello que se anuncia en su título: la Iglesia en la América latina durante el siglo XIX. Múltiples datos, abundantes detalles, en muchos puntos exhaustiva información; y, junto a ello, los análisis y las opiniones de la autora, que no tan sólo aporta y sistematiza lo que contienen las fuentes, sino que añade sus personales juicios valorativos, debidamente fundamentados, de cuanto se refiere a lo largo de estas páginas.

Alberto DE LA HERA